

LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA Y LA PIEDAD POPULAR EN LA ESTELA LATINOAMERICANA DEL PAPA FRANCISCO

Alfredo García

ANTES DE INICIAR LAS PRESENTES REFLEXIONES SE HACE NECESARIO EXPLICITAR EL SENTIDO DE LA SEGUNDA PARTE DEL TÍTULO PROPUESTO. COMO ES SABIDO, UNA ESTELA ES UN RASTRO O UNA MARCA DEJADA POR ALGO O ALGUIEN EN UNA TRAVESÍA. CUANDO AQUÍ SE PROPONE TRATAR DE LA EVANGELIZACIÓN

de la cultura y de la piedad o religiosidad popular en la estela del Papa Francisco, se pretende enfatizar dos perspectivas: en primer lugar, que el Santo Padre, primer Pontífice latinoamericano, ha puesto ya estos dos temas como parte de la estela de su Magisterio al haberlos retomado con fuerza y expresado como cuestiones

Alfredo García es doctor en Filosofía y miembro del Centro de Estudios de la Persona y la Cultura de la Universidad Católica San Pablo. Ha sido vicerrector académico de la Universidad Católica de Petrópolis (Brasil) y ha colaborado académica y administrativamente con diversas universidades del Perú. En 1992 fue nombrado consultor del Consejo Pontificio para el Diálogo con los No Creyentes, por el Papa Juan Pablo II, y, en 2004, consultor del Consejo Pontificio para la Cultura. Es miembro del Consejo Editorial de las revistas Persona y Cultura y Vida y Espiritualidad, así como de otras revistas extranjeras como Humanitas (Chile) y Synesis (Brasil). Entre sus varias publicaciones se puede mencionar: La fe y la cultura en el pensamiento católico latinoamericano (UCSP, Arequipa 2007).

centrales en su reciente exhortación apostólica *Evangelii gaudium*; y, en segundo lugar, que el planteamiento pontificio de estos dos temas se explican, aun cuando sea solo en parte, dentro de la estela de una historia en la cual se forja la experiencia cristiana de Jorge Mario Bergoglio desde su nacimiento: la estela viva de la historia cultural latinoamericana, hondamente marcada por la fe cristiana y que se expresa sobre todo en la religiosidad popular católica de sus habitantes.

El Papa Francisco parece haber deseado que quede bien subrayado que la noción de cultura y la razón por la que se atiende a esta se encuentra dentro de la perspectiva de la evangelización integral que es, precisamente, la misión esencial de la Iglesia, así resaltada por el beato Papa Pablo VI.

Las consideraciones que se proponen a continuación intentan resaltar —aunque de un modo breve, y por lo tanto, sin poder extraer todas las riquezas del tema— ciertos planteamientos centrales de *Evangelii gaudium* sobre el asunto y, en el transcurso de la exposición, tan solo señalar algunas de las raíces o, al menos, resonancias o ecos que algunos de sus pasajes evocan con

respecto a la experiencia cultural cristiana latinoamericana o al modo como la Iglesia peregrina en América Latina se ha aproximado a la temática de la evangelización de la cultura y la piedad popular.

1. LA CULTURA

La palabra *cultura*, en sus variadas inflexiones, es una de las expresiones más presentes en *Evangelii gaudium*, un documento que el Papa Francisco explicita que tiene un «sentido programático»¹, así como, por ejemplo, *Redemptor hominis* fue anuncio del programa central del Pontificado de San Juan Pablo II.

Un primer indicador de la perspectiva del Papa sobre el tema de la cultura se puede encontrar en el hecho de que la noción de cultura es introducida en el tercer capítulo del documento que trata sobre “el anuncio del Evangelio”. Esto parece revelar la impronta que dejó

1. Ver *Evangelii gaudium*, 25 (en adelante, EG).

en el Papa aquella otra exhortación apostólica, *Evangelii nuntiandi*, de su predecesor Pablo VI, tan importante para la Iglesia y, particularmente, para la Iglesia en América Latina, como se puede verificar en la preparación y en el mismo texto conclusivo de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se realizó en 1979 en Puebla y cuyo tema central fue “La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”.

Al respecto, Guzmán Carriquiry —actual Secretario de la Pontificia Comisión para América Latina y amigo personal de Jorge Mario Bergoglio, de quien recibió un importante prólogo a la ahora aún más sugerente obra del historiador uruguayo *Apuesta por América Latina. Memoria y destino históricos de un continente*— decía en una entrevista que se le hizo con ocasión del inicio del Pontificado del Papa Francisco: «La luz de sus ojos es la *Evangelii nuntiandi*. Su invitación esencial será la de ser discípulos en el encuentro y el seguimiento de Cristo. ¡Una Iglesia evangelizada y evangelizadora!»².

Efectivamente, el documento eclesial más citado en *Evangelii gaudium* es *Evangelii nuntiandi*, que fue precisamente el lugar en donde se propuso, por primera vez en una formulación pontificia, la expresión *evangelización de la cultura*. Así, el Papa Francisco parece haber deseado que quede bien subrayado que la noción de cultura y la razón por la que se atiende a esta se encuentra dentro de la perspectiva de la *evangelización integral* que es, precisamente, la misión esencial de la Iglesia, así resaltada por el beato Papa Pablo VI.

Ahora bien, en la noción de cultura que se propone en *Evangelii gaudium* se destaca su comprensión como «estilo de vida» que «abarca la totalidad de la vida de un pueblo» y que se explicita a través del «modo que tienen sus miembros de relacionarse entre sí, con las demás criaturas y con Dios»³. Esta comprensión de la cultura estaba ya de algún modo presente en *Gaudium et spes* y en *Evangelii nuntiandi*, pero es casi una transcripción del modo como se define la cultura en el documento de Puebla⁴.

2. Guzmán Carriquiry, *El Papa Francisco: en la estela de la Evangelii nuntiandi*, entrevistado por Saverio Gaeta, en *Vida y Espiritualidad*, n. 84 (2013), p. 38.

3. EG, 115.

4. Véase Puebla, 385.

Para comprender mejor este punto es importante recordar que la cuestión de la *cultura* cobró mayor importancia en la conciencia eclesial latinoamericana, durante los años '70 y '80, gracias a una mirada renovada hacia la *religiosidad popular* o el *catolicismo popular* que se podía verificar en la *cultura latinoamericana*. Este tema había sido de algún modo despreciado por teologías secularizantes de la época, entre ellas por ciertas vertientes ideologizadas de la teología de la liberación, que no escondían sus influencias europeas, es decir, extra-latinoamericanas, e incluso protestantes, y que, así, veían a la religiosidad popular como una especie de *opio para el pueblo* o como una manifestación poco pura o turbia de una fe cristiana que se creía debía ser más racionalista, moralista o politizada.

Una mirada despejada de prejuicios e ideologías, permitió que se reafirmase que la religiosidad popular católica es una de las expresiones más genuinas de la *cultura latinoamericana*, verificable empíricamente y cotidianamente sobre todo en el *estilo de vida* de la gente más sencilla y más pobre, que conforma la mayor parte de aquello que llamamos América Latina. Y, así, un aporte de los obispos latinoamericanos al Sínodo de 1974, del que surgiría la exhortación postsinodal *Evangelii nuntiandi*, fue, precisamente, el tema de la religiosidad popular, que no había sido tocado como tal en el Concilio Vaticano II. Y, por otro lado, inversamente, cuando Pablo VI incluyó el tema dentro de la perspectiva de la más amplia *evangelización de la cultura*, la reflexión católica latinoamericana, incluso por pedido expreso del Papa, se tornó más intensa con respecto a la necesidad de profundizar en el tema dentro del marco de la *identidad católica de la cultura latinoamericana*.

Así, mientras que en regiones en donde la fe cristiana no había sido anunciada o estaba incipientemente presente —como en Asia o África— se hacía el esfuerzo por reconocer ciertas *semillas del Verbo* como preámbulos para la evangelización de sus culturas, en el caso de América Latina se trató, más bien, de hacer *memoria histórica* de la así llamada «*evangelización constituyente*»⁵, es decir, aquella que se desarrolló a partir de 1492, para comprender mejor el sentido y la importancia de una fe cristiana viva que se verificaba, mediante la

5. Véase *Puebla*, 6.

religiosidad popular católica, como «matriz cultural del continente»⁶. En 1979, los obispos en *Puebla* lo formularon de la siguiente manera: «En la primera época del siglo XVI al XVIII, se echan las bases de la cultura latinoamericana y de su real sustrato católico. Su evangelización fue suficientemente profunda para que la fe pasara a ser constitutiva de su ser y de su identidad, otorgándole la unidad espiritual que subsiste pese a la ulterior división en diversas naciones [...]»⁷.

2. LA CULTURA Y EL PUEBLO

El vínculo entre la *cultura* y el *pueblo* es una de las características más saltantes de *Evangelii gaudium* y, en general, del Pontificado del Papa Francisco. Esta noción de pueblo se inspira en la comprensión de la Iglesia como *Pueblo de Dios* acentuada por *Lumen gentium* y, más específicamente, en la concepción bíblica de pueblo⁸. En ese sentido, aun cuando los pobres forman parte —en algunas regiones incluso de modo mayoritario— de un pueblo, el concepto de pueblo está referido de un modo más amplio a aquella comunidad humana mayor que, reunida en torno a un pasado y un futuro común, es a veces calificada, y en ocasiones también en un sentido bíblico, como *nación*, o, en todo caso, como una comunidad históricamente constituida con una tradición y un destino común.

La cultura es, así, entendida como la expresión de un pueblo y, en ocasiones, se convierten en términos intercambiables. Por otro lado, la cultura es configurada por un pueblo, pero también el pueblo es configurado por una perspectiva cultural, por un determinado conjunto de valores, como aquellos cuatro principios que *Evangelii gaudium* plantea como determinantes en lo que llama la «construcción de un pueblo»⁹. En un pasaje particularmente sugerente se explica que «cada pueblo es el creador de su cultura y el protagonista de su historia. La cultura es algo dinámico, que un pueblo recrea perma-

6. Véase allí mismo, 445.

7. Allí mismo, 412.

8. Véase *Mt* 28, 9, en *EG*, 113; o *1 Pe* 2,10 en *EG*, 268.

9. Véase *EG*, 221ss.

nentemente, y cada generación le transmite a la siguiente un sistema de actitudes ante las distintas situaciones existenciales, que esta debe reformular frente a sus propios desafíos. El ser humano “es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece” (Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 71)»¹⁰.

No parece haber duda de que existe aquí una resonancia fuertemente latinoamericana en esta perspectiva del Papa Francisco, así como también lo fue, con respecto al vínculo entre *cultura* y *nación* en el Magisterio de Juan Pablo II, explicable, aunque siempre se ha de subrayar que solo en parte, por la particularidad de la experiencia cristiana polaca. En el caso de Francisco, se percibe, pues, la clara impronta de aquella estela de un pueblo o una cultura latinoamericana que, como afirmaban los obispos de esta parte del continente, tiene un «radical sustrato católico»¹¹.

Se podría rastrear, con cierta facilidad, cómo reflexiones de las Conferencias del Episcopado Latinoamericano, sobre todo aquellas de *Puebla*, *Santo Domingo* y *Aparecida* se encuentran presentes en la letra y en el espíritu del texto pontificio y son ahora transfiguradas hacia un horizonte más universal, es decir, que bebiendo de una valiosa experiencia particular, latinoamericana, son puestas ahora al servicio de la evangelización de todo el *Pueblo de Dios* y de todos los *pueblos de la tierra*. Hay quienes han dicho que todo ello puede ser simplemente explicado desde la *teología del pueblo* que se inició en Argentina entre los años '60 y '70, pero sobre ello parece pertinente plantear algunas precisiones.

La teología del pueblo, en la perspectiva específica del brillante padre Lucio Gera, gran impulsor de esta corriente, que tiene por cierto diversos exponentes y matices, contribuyó sin duda en la atención del entonces sacerdote y luego obispo, Jorge Mario Bergoglio, para afinar su mirada sobre el pueblo, la cultura y la religiosidad popular. Pero no parece que se pueda afirmar que fue la única. En aquellos tiempos ya se había configurado una reflexión compartida de más

10. EG, 122.

11. Véase *Puebla*, 7.

amplio espectro sobre tales temas que no se podría encasillar dentro de esta corriente particular, pero que tenía el común denominador de buscar trascender lo que se denominaban perspectivas “elitistas” hacia la cultura popular latinoamericana, guiadas por “modelos ahistóricos” muchas veces heredados de la visión racionalista ilustrada: tanto la de aquellas que se apartaban de la historia de los pueblos al replegarse en la abstracción de un intelectualismo escolástico deformado o desactualizado, como también la de casi todas las vertientes de la teología de la liberación que, tomando elementos del análisis marxista, consideraban que el tema de la cultura o de la religiosidad popular no debía ser priorizado.

Dentro de aquella reflexión trascendente a estas perspectivas limitadas se encontraba Lucio Gera, pero también muchos otros cuyas aproximaciones Bergoglio conoció y en gran medida compartía, como, por ejemplo, Alberto Methol Ferré, el padre Joaquín Alliende, Pedro Morandé, Mons. Antonio do Carmo Chehuiche, Guzmán Carriquiry y tantos otros que, generalmente reunidos en torno a encuentros promovidos por el CELAM, contribuyeron a poner en el centro de las reflexiones de la Iglesia en América Latina —desde distintos ángulos, métodos y fuentes— la cuestión de la cultura y de la religiosidad popular como claves para la comprensión de la identidad católica latinoamericana.

Un discernimiento particular merecen ciertas afirmaciones recientes en el sentido de que el Papa Francisco, al poner el acento en el vínculo entre la cultura y el pueblo, habría sesgado la comprensión de la cultura hacia una visión “sociocéntrica” de la misma que anularía la centralidad de la *persona* en el dinamismo de la cultura. Se ha mencionado que Lucio Gera, casi sugerido como único inspirador del Papa, habría introducido en la definición antes referida de cultura en el documento de *Puebla*, la expresión “en el pueblo” con el objetivo de suprimir o subsumir la visión antropológica —filosófica y teológica— o personalista de la cultura de *Gaudium et spes* exclusivamente dentro de la visión sociológica o etnológica que el mismo documento conciliar señala y admite¹².

12. Ver Juan Carlos Scannone, *Papa Francisco e la teologia del popolo*, en *La Civiltà Cattolica*, n. 3930, mayo 2014, p. 574.

Sin embargo, el mismo Lucio Gera no parece que habría concordado totalmente con tal subsunción o, por lo menos, no con la exclusión. En muchos de sus textos se encuentran afirmaciones como la siguiente: «la cultura se centra en el hombre [...] la cultura es la autorrealización del hombre, nace de esa tendencia del hombre a realizarse más allá de sí mismo y de lo dado»¹³. Tampoco el documento de *Puebla*, que contiene afirmaciones como la siguiente: «La cultura es una actividad creadora del hombre, con la que responde a la vocación de Dios, que le pide perfeccionar toda la creación (*Gén*) y en ella sus propias capacidades y cualidades espirituales y corporales (*Gaudium et spes*, 53, 57)»¹⁴. Y tampoco ni siquiera el último párrafo del número 53 de *Gaudium et spes* en donde se acentúa el sentido sociológico o etnológico de la cultura, que, si se analiza bien, está tejido mediante verbos infinitivos que se refieren a los actos concretos de la persona humana y no a una entelequia sociocéntrica abstracta.

La perspectiva antropológica —filosófica y teológica— no está reñida, pues, con la perspectiva sociológica o etnológica¹⁵ y no tendría por qué ser tampoco suprimida ni en el concepto de *pueblo* ni en el concepto de *cultura*. El pasaje anteriormente transcrito de *Evangelii gaudium* es claro cuando, luego de vincular ambos conceptos, cita la perspectiva de Juan Pablo II en el sentido de que «el ser humano es hijo y padre de la cultura»¹⁶. En esa línea, no parece que se pueda comprender tampoco de otro modo la siguiente cita de *Gaudium et spes* —en ese mismo número de *Evangelii gaudium*—: «naturaleza y cultura se hallan unidas estrechísimamente»¹⁷, pues esta es la conclusión a la que arriba el texto conciliar luego de haber enunciado que «es propio de la *persona humana* el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, *cultivoando los bienes y los valores naturales*»¹⁸.

13. Lucio Gera, *Religión y cultura*, SEDOI-Documentación, año XI, nn. 86-87, 1985, pp. 5-6.

14. *Puebla*, 391.

15. Este asunto ha sido tratado más ampliamente en Alfredo García Quesada, *La fe y la cultura en el pensamiento católico latinoamericano*, Universidad Católica San Pablo, Arequipa 2007, pp. 51-83 y 143-167.

16. Véase EG, 115.

17. *Gaudium et spes*, 53a (citado en EG 115).

18. Lug. cit. Las itálicas son nuestras.

3. LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA

La importancia de no suprimir el fundamento antropológico de la cultura, es decir, la centralidad de la persona como *sujeto óntico de la cultura*¹⁹, resulta más clara cuando se atiende al vínculo entre la *evangelización* y la *cultura*, pues la fe es fruto de un *encuentro personal* entre la persona humana y Dios que es Trinidad de Personas. En *Evangelii gaudium*, el Papa Francisco lo subraya con particular énfasis recordando a su inmediato predecesor: «No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1)».

Por otro lado, el *encuentro personal* como dinámica central de la evangelización, pero también de lo más esencial de la cultura se halla expresado en aquel concepto de síntesis que el Papa ha enfatizado muchas veces a lo largo de su Pontificado: «cultura del encuentro»²⁰. Además de su evidente fundamentación en la tradición antropológica católica, esta expresión parece también reflejar la resonancia de la experiencia cultural específicamente latinoamericana, tan sensible a los espacios de encuentro sustentados en una particular visión de la persona humana. Precisamente en Brasil —y recordando los elementos de la cultura que se enuncian en el conocido pasaje de *Evangelii nuntiandi*²¹— el Papa se refería a la cultura brasileña en los siguientes términos: «El común sentir de un pueblo, las bases de su pensamiento y de su creatividad, los principios básicos de su vida, los criterios de juicio sobre las prio-

La importancia de no suprimir el fundamento antropológico de la cultura, es decir, la centralidad de la persona como sujeto óntico de la cultura, resulta más clara cuando se atiende al vínculo entre la evangelización y la cultura, pues la fe es fruto de un encuentro personal entre la persona humana y Dios que es Trinidad de Personas.

19. Juan Pablo II, *Discurso a la UNESCO*, París 1980, 7.

20. Véase EG, 220; *Homilía en la misa con los obispos y sacerdotes participantes en la XXVIII JMJ*, 26 de julio de 2013.

21. Véase *Evangelii nuntiandi*, 19.

ridades, las normas de actuación, se fundan en una visión integral de la persona humana. Esta visión del hombre y de la vida característica del pueblo brasileño ha recibido mucho de la savia del Evangelio a través de la Iglesia católica [...]. Hacer crecer la humanización integral y la cultura del encuentro y de la relación es la manera cristiana de promover el bien común, la alegría de vivir»²².

Uno de los pensadores latinoamericanos que más ha contribuido con la comprensión de la identidad cultural latinoamericana, el sociólogo chileno Pedro Morandé, enfatiza —en el marco de un sugerente análisis de los tipos de cultura oral, escrita y audiovisual— que la oralidad, es decir, el encuentro presencial entre personas es lo más característico del pueblo latinoamericano: «La oralidad requiere necesariamente de alguien presente [...]. Nadie puede vivir en una cultura oral estando solo [...]. La experiencia originaria del diálogo requiere el gesto y los espacios de encuentro en donde sea posible descubrir la presencia de otros [...]. No hay cultura oral sin un sujeto presente que tiene su propia manera y su estilo de estar presente y un modo propio de aprender de sus coetáneos, de las personas que forman con él un pueblo. De ahí que sean importantes los gestos de experiencia de encuentro que heredamos de nuestra cultura barroca de la América mestiza: el espacio sagrado, los rituales, los bailes [...]»²³.

Ello permite percibir mejor la marca de la experiencia cultural cristiana latinoamericana en el Papa Francisco, y, así, el modo como asume los conceptos de *cultura*, *pueblo* o *nación*, no como categorías que diluyen la centralidad de la persona, sino que, por el contrario, la promueven: «En cada nación, los habitantes desarrollan la dimensión social de sus vidas configurándose como ciudadanos responsables en el seno de un pueblo, no como masa arrastrada por las fuerzas dominantes»²⁴.

Es por eso que el Papa se atreve a decir que «si el Evangelio se ha encarnado en una cultura, ya no se comunica solo a través del anuncio persona a persona. Esto debe hacernos pensar que, en aquellos países

22. Francisco, *Discurso a los dirigentes de la sociedad*, Rio de Janeiro, 27 de julio de 2013, 1.

23. Pedro Morandé, *La religión en la cultura iberoamericana y su contribución a la formación de la identidad histórica*, en *Persona y cultura*, Revista de la Universidad Católica San Pablo, Arequipa, año 12, n. 12 (2014), p. 17.

24. EG, 220.

donde el cristianismo es minoría, además de alentar a cada bautizado a anunciar el Evangelio, las Iglesias particulares deben fomentar activamente formas, al menos incipientes, de inculturación. Lo que debe procurarse, en definitiva, es que la predicación del Evangelio, expresada con categorías propias de la cultura donde es anunciado, provoque una nueva síntesis con esa cultura»²⁵.

La plena conciencia, a partir de una experiencia concreta como la de la cultura latinoamericana en donde una de sus más ricas expresiones, la religiosidad popular, no es una búsqueda difusa de lo divino, ni manifestación multitudinaria alienante, sino vivencia de la fe de la Iglesia plasmada en el “estilo de vida” de un pueblo, es, sin duda, uno de los motivos por los que el Papa enfatiza esta transmisión de la fe a través de la *cultura*, de las manifestaciones del *pueblo* y de la índole de una *nación*, en la misma línea del principio que señala que el auténtico bien común y los ambientes verdaderamente humanos nunca son contrarios al bien de la persona individual sino que, por el contrario, la promueven: «El substrato cristiano de algunos pueblos [...] es una realidad viva [...] una reserva moral que guarda valores de auténtico humanismo cristiano [...]. Allí hay que reconocer mucho más que unas “semillas del Verbo”, ya que se trata de una auténtica fe católica con modos propios de expresión y de pertenencia a la Iglesia. No conviene ignorar la tremenda importancia que tiene una cultura marcada por la fe, porque esa cultura evangelizada, más allá de sus límites, tiene muchos más recursos que una mera suma de creyentes frente a los embates del secularismo actual. Una cultura popular evangelizada contiene valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente, y posee una sabiduría peculiar que hay que saber reconocer con una mirada agradecida»²⁶.

Esto, pues, no tiene nada que ver con una perspectiva “culturalista” que relativiza, subordina o adecúa la fe a las culturas. Tampoco con la falsa oposición del “paradigma de la inculturación de la fe” en contra del “paradigma de la evangelización de la cultura”, tal como lo propusieron algunos exponentes de versiones ideologizadas de la

25. Allí mismo, 129.

26. Allí mismo, 68.

teología de la liberación con ocasión de la realización de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo²⁷. El Papa parece estar muy consciente de las falsas antinomias que se generaron en esa época en el ámbito teológico latinoamericano cuando se intentaba ahondar en la comprensión de la “cultura cristiana” de América Latina que había sido uno de los tres temas centrales de aquel encuentro episcopal. Trascendiendo esta artificiosa oposición, el Papa parece ubicarse en una perspectiva de síntesis superior en donde la *evangelización de la cultura* es asumida como el horizonte mayor, en la línea de lo planteado por *Evangelii nuntiandi* y el documento de *Puebla*, y en donde la *inculturación de la fe* es comprendida como un dinamismo encarnatorio dentro de tal horizonte, tal como lo planteó el documento conclusivo de *Santo Domingo* e intentó precisarlo a través de una nueva expresión: *evangelización inculturada*.

En ese sentido, es inequívoca la premisa que, a modo de exhortación, se encuentra al inicio del tercer capítulo de *Evangelii gaudium* que trata sobre el “anuncio del Evangelio”: «quiero recordar ahora la tarea que nos apremia en cualquier época y lugar, porque “no puede haber auténtica evangelización sin la *proclamación explícita* de que Jesús es el Señor”, y sin que exista un “primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización”»²⁸. Premisa que permite comprender mejor la siguiente afirmación que expresa la dinámica de síntesis antes señalada y que, por otro lado, da cuenta de la diferencia entre la experiencia cultural latinoamericana y la de otras realidades culturales más descristianizadas que incluso presentan dificultades para captar el sentido y la relevancia de la relativamente reciente propuesta eclesial de *evangelizar la cultura*: «Es imperiosa la necesidad de *evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio*. En los países de tradición católica se tratará de acompañar, cuidar y fortalecer la riqueza que ya existe, y en los países de otras tradiciones religiosas o profundamente secularizados se tratará de procurar nuevos procesos de *evangelización de la cultura* [...]»²⁹.

27. Esta cuestión ha sido más ampliamente tratada en Alfredo García Quesada, *La evangelización de la cultura en Santo Domingo*, en *Vida y Espiritualidad*, n. 25 (1993), pp. 37-58.

28. EG, 110.

29. Allí mismo, 69. Las itálicas son nuestras.

4. LA PIEDAD POPULAR

La perspectiva antes señalada se hace más evidente cuando se leen los pasajes de *Evangelii gaudium* más específicamente referidos a la *piEDAD popular*, como, por ejemplo, el siguiente: «En la *piEDAD popular*, por ser fruto del *Evangelio inculturado*, subyace una *fuerza activamente evangelizadora* que no podemos menospreciar [...]. Las expresiones de la *piEDAD popular* tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un *lugar teológico* al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar *la nueva evangelización*»³⁰.

Pero antes de extraer más riquezas de esta perspectiva, resulta necesario precisar por qué el Papa Francisco prefiere usar el término *piEDAD popular*. Una de las razones más importantes parece ser el seguimiento atento de *Evangelii nuntiandi* al que ya se hizo referencia anteriormente. En este documento de 1975, Pablo VI decía: «Queremos referirnos ahora a esa realidad que suele ser designada en nuestros días con el término de *religiosidad popular* [...]; se descubren en el pueblo expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe. Consideradas durante largo tiempo como menos puras, y a veces despreciadas, estas expresiones constituyen hoy el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado [...]. La *religiosidad popular*, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites [...]. Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer [...]. Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente “*piEDAD popular*”, es decir, *religión del pueblo*, más bien que *religiosidad*»³¹.

Es importante subrayar que esta reflexión de *Evangelii nuntiandi* había sido alimentada precisamente por el aporte que sobre el tema hicieron los obispos latinoamericanos con ocasión del Sínodo de 1974. Fue, pues, desde la realidad cultural católica latinoamericana que se introdujo con fuerza el tema de la *religiosidad popular* en el Magisterio pontificio. Uno de los aportes en ese sentido fue el documento que el CELAM ofreció a los padres sinodales latinoamericanos bajo el título *Algunos aspectos de la evangelización en América Latina*, en donde

30. Allí mismo, 126. Las itálicas son nuestras.

31. *Evangelii nuntiandi*, 48.

se señala una diferencia entre *religiosidad popular* y *catolicismo popular*: la primera referente a todo tipo de expresión religiosa, incluyendo los sincretismos, y el segundo correspondiente a expresiones populares de la fe católica³², que, ciertamente, influyó en la opción de Pablo VI por la expresión *piEDAD popular*.

Posteriormente a *Evangelii nuntiandi* y, específicamente al vínculo que esta luminosamente sugería entre *evangelización de la cultura* y *piEDAD popular*, se desarrolló en América Latina una intensa reflexión que

Fue, pues, desde la realidad cultural católica latinoamericana que se introdujo con fuerza el tema de la religiosidad popular en el Magisterio pontificio.

buscó hacer más explícito el vínculo entre *cultura* y *religión* como expresión de la identidad del pueblo latinoamericano. Uno de los momentos más importantes fue el encuentro realizado en Bogotá en 1976 que originó una voluminosa publicación titulada *Iglesia y religiosidad popular en América Latina* en cuyo documento conclusivo se afirma que «la religiosidad popular explicita privilegiadamente la peculiaridad de ser América Latina un continente cristiano y católico»³³. La III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en 1979, asumió esta perspectiva de modo aún más maduro y afirmó que «lo esencial de una cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios»³⁴. En ese sentido, el documento de *Puebla* usa indistintamente las expresiones *religión del pueblo*, *religiosidad popular* y *piEDAD popular* para dar cuenta de un *factum cultural latinoamericano* descrito como «el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. La religión del pueblo latinoamericano, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica»³⁵. Más adelante, en 1992, el documento de *Santo Domingo* reafirmaría

32. Véase *Algunos aspectos de la evangelización en América Latina*, en SELADOC, *Religiosidad popular*, Ed. Sígueme, Salamanca 1976, p. 26.

33. CELAM, *Iglesia y religiosidad popular en América Latina*, Secretariado General del CELAM, Bogotá 1977, p. 383.

34. *Puebla*, 389.

35. Allí mismo, 444.

que, en América Latina, «la religiosidad popular es una expresión privilegiada de la inculturación de la fe» y, en ese sentido, que «las palabras de Pablo VI, recibidas y desarrolladas por la Conferencia de Puebla en propuestas claras, son aún hoy válidas»³⁶. Pero será en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en 2007 en el santuario mariano de *Aparecida*, en donde se optará más decididamente por la expresión *piEDAD popular* y en donde se plasmarán unas de las páginas más bellas sobre este rasgo particularísimo de la identidad cultural latinoamericana, como, por ejemplo la siguiente: «La *piEDAD popular* es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una “originalidad histórica cultural” de los pobres de este continente, y fruto de “una síntesis entre las culturas y la fe cristiana”³⁷.

«*La piEDAD popular es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una “originalidad histórica cultural” de los pobres de este continente, y fruto de “una síntesis entre las culturas y la fe cristiana”*».

Es sabido que el entonces cardenal Bergoglio fue el presidente de la comisión de redacción del documento de *Aparecida* y que, recogiendo el itinerario histórico anterior, quiso prestar particular atención a la preferencia señalada en *Evangelii nuntiandi* por la expresión *piEDAD popular* y luego, ya como Pontífice, destacarla en *Evangelii gaudium*. La razón fundamental parece encontrarse en la siguiente afirmación de la exhortación apostólica con respecto a las expresiones de la *piEDAD*

36. *Santo Domingo*, 36.

37. *Aparecida*, 264.

popular: «no se puede ver estas acciones solo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones»³⁸.

En ese sentido, el Papa Francisco devuelve el favor de poder reafirmar, de modo aún más preciso, la identidad específicamente católica de la cultura latinoamericana ante posibles interpretaciones teológicamente difusas de la religiosidad popular. La *piEDAD popular* es, así, comprendida como *un modo de ser* «Pueblo de Dios encarnado en los pueblos de la tierra»³⁹, «fermento de Dios en medio de la humanidad»⁴⁰, «substrato cristiano de los pueblos»⁴¹, «espiritualidad popular»⁴², que hace que los pueblos sean «sujetos colectivos activos, agentes de la evangelización»⁴³, para finalmente enfatizarse, citando a Benedicto XVI, que la *piEDAD popular* es «precioso tesoro de la Iglesia católica» en donde «aparece el alma de los pueblos latinoamericanos»⁴⁴.

Ni el *pueblo*, ni la *cultura*, ni la *piEDAD popular* son, pues, categorías sociocéntricas abstractas en donde se oscurecería o diluiría el ser particularísimo de la persona humana. Todo lo contrario, son expresiones concretas y encarnadas de personalización que evidencian que la persona humana es un ser-en-relación porque es imagen de Dios que es relación comunal de Personas, como se subraya en el siguiente pasaje de *Evangelii gaudium*: «Las formas propias de la religiosidad popular son encarnadas, porque han brotado de la encarnación de la fe cristiana en una cultura popular. Por eso mismo incluyen una relación personal, no con energías armonizadoras sino con Dios, Jesucristo, María, un santo. Tienen carne, tienen rostros. Son aptas para alimentar potencialidades relacionales y no tanto fugas individualistas»⁴⁵. Para concluir, no sería posible dejar de, al menos, mencionar la cen-

38. EG, 125.

39. Allí mismo, 115.

40. Allí mismo, 114.

41. Allí mismo, 68.

42. Allí mismo, 124.

43. Allí mismo, 122.

44. Véase Benedicto XVI, *Discurso en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Aparecida 2007, n. 1; citado en EG 123.

45. EG, 90.

tralidad que tiene la figura de María en la piedad popular latinoamericana y que se expresa de modo tan evidente en la personal piedad mariana del Papa Francisco. Reflexionando sobre la centralidad de esta piedad mariana en la forja de la identidad cultural latinoamericana, el pensador católico peruano Víctor Andrés Belaúnde afirmaba que “el culto mariano”, aunque traído por los españoles, surgió en el periodo de evangelización constituyente casi «como una floración natural del suelo de América»⁴⁶, por ejemplo, en santuarios, como los de Guadalupe o Copacabana, en donde los indígenas tuvieron la gracia de ser los protagonistas. En el culto mariano, añadía Belaúnde, se establece un nuevo vínculo cultural porque «indios, mestizos y blancos reclaman esta común maternidad»⁴⁷, que hace que la presencia de María aparezca como un «hecho capital y definitivo de la historia espiritual de América»⁴⁸. Ya desde su Magisterio petrino, el Papa Francisco hace patente esta “estela” latinoamericana para ofrecerla, ahora en términos universales, a toda la humanidad como una “estela” propia de su Pontificado: «Con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María [...]. A través de las distintas advocaciones marianas, ligadas generalmente a los santuarios, comparte las historias de cada pueblo que ha recibido el Evangelio, y entra a formar parte de su identidad histórica [...]. Es allí, en los santuarios, donde puede percibirse cómo María reúne a su alrededor a los hijos que peregrinan [...]. Como a San Juan Diego, María les da la caricia de su consuelo maternal y les dice al oído: “No se turbe tu corazón [...]. ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?”»⁴⁹.

Ni el pueblo, ni la cultura, ni la piedad popular son, pues, categorías sociocéntricas abstractas en donde se oscurecería o diluiría el ser particularísimo de la persona humana. Todo lo contrario, son expresiones concretas y encarnadas de personalización que evidencian que la persona humana es un ser-en-relación porque es imagen de Dios que es relación comunal de Personas.

46. Víctor Andrés Belaúnde, *La realidad nacional*, Interbank, Lima 1980, p. 93. Ver también *Peruanidad*, Fondo del Libro del BIP, Lima 1983, p. 238.

47. Lug. cit. Véase también Belaúnde, *Peruanidad*, ob. cit., p. 240.

48. Víctor Andrés Belaúnde, *Peruanidad*, ob. cit., p. 238.

49. *EG*, 284 y 286.